

La patria con ciudadanos

Compartimos un sentido de pertenencia. Lo que nos falta son las oportunidades y los derechos.

Gustavo Berganza



Ha sido un día muy emotivo en el que me topé de manera intensa y prolongada con manifestaciones de amor a la patria.

En la ruta hacia el colegio de mi hijo, para asistir a un acto cívico, me encuentro con el primer grupo de escolares corriendo con mucho entusiasmo, escoltando una antorcha. Luego, ya en el acto cívico, me toca cantar el himno acompañado del grupo de xilófonos y flautas de 4o. grado de primaria. Después de algunos años de estar fuera del país, no dejo de emocionarme y sucumbo al clima emocional que generan la exaltadas estrofas que le inspiró el exilio a José Joaquín Palma.

Mal que bien, quienes van corriendo en las carreteras, quienes se enfundan los trajes al estilo militar y quienes prefieren, como es el caso de muchos colegios, conmemorar la Independencia en el recinto protegido de sus planteles, comparten el sentido de pertenencia hacia esta creación geográfica, política y simbólica a la que llamamos Guatemala.

Para algunos, sin duda los menos, esta ha sido una tierra de grandísimas oportunidades traducidas en términos de acumulación de riqueza y, probablemente, poder y prestigio. Para otros, los más, esta demarcación geográfica representa el escenario de sus esperanzas fallidas y del gran esfuerzo que hacen para vivir el día. Para otros, no tan numerosos, será todavía una promesa vigente, muy difícil de alcanzar, elusiva, pero al fin una promesa.

Como dice Hohmi Baba al referirse al proceso de construcción de la nacionalidad “no son simples hechos históricos o parte de un cuerpo político patriótico. Son también una compleja estrategia retórica de referencia social”. Es sentir, digo yo, las similitudes en la manera que hablamos, los olores que nos despiertan la nostalgia y los sabores que nos anticipa el apetito.

Tenemos una patria. También hemos construido una nacionalidad, tejida a base de mitos comunes y, probablemente, ancestros enfrentados en la historia pero que, con más frecuencia de la que nos gusta admitir, fueron uniéndose en nuestro mapa genético. Al final del acto cívico y emprender el retorno a la realidad real de este país, caigo en la cuenta de que al final los gobiernos liberales no fueron totalmente nefastos. Podemos reconocerles el mérito de habernos legado los símbolo patrios –el himno, la bandera, la flor nacional, el árbol nacional– los cuales son algo que tenemos en común sentirnos como guatemaltecos, independientemente del grupo étnico primordial del que

vengamos. Tenemos, pues patria y nación. Lo que nos resta es encontrar los medios, los recursos que nos permitan ejercer plenamente nuestros derechos como ciudadanos y tener esa tranquilidad que da un estado empeñado en que se respeten y en impedir que se abuse de ellos. Ojalá no tarde demasiado en llegar ese día.